

Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

PRECIOS DE SUSCRICION.		ADMINISTRACION:	PRECIOS DE SUSCRICION.	NÚM. 13.
AÑO 1.	En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs. Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un año 66 rs.	Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús. Se publica todos los domingos. Valencia 21 Febrero 1864.	En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses 42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultramar un año 120 rs.—Un número suelto 2 rs.	

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Dámaso Delgado Lopez.—Lo que es poesía, (continuación) por don Antonio de Trueba.—La adulación, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Biografía del general Meza.—Un capítulo de un viaje: Poblet, por D. Vicente Boix.—A ti, (poesía), por D. Luis M. de Larra.—En el templo, (poesía), por D. P. García Cadená.—Valencia, carta á una amiga, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.—El ciego de los Valles, novela original por D. Maximino Carrillo de Alborno, (continuación).

Laminas.—El general Meza, comandante en jefe del ejército Dinamarqués.—Vista general de Poblet antes de su destrucción.—Caricatura.

REVISTA DE LA SEMANA.



zado, aunque la última potencia ha dicho que podía oír proposiciones siempre que los dina-

endiente el armisticio que Inglaterra ha propuesto á Prusia y Austria, para que se suspendan las hostilidades de Dinamarca, y que según se dice se ha rechazado, aunque la última potencia ha dicho que podía oír proposiciones siempre que los dina-

marqueses abandonasen la isla de Alsén, es dudoso, y bastante difícil el creer se pueda asegurar la paz general, cuando tan encendida se halla la lucha, en ese congreso Europeo que hace ya tiempo tiene meditado el emperador de los franceses.

En casi todos los puntos han sido dispersados los juaristas, y se confirma la noticia de la entrada del general Bazaine en Guadalupe, y la retirada de Juárez á Matamoros.

En Santo Domingo parece ya casi terminada la revolución, pues los rebeldes desmayan y abatidos terriblemente muchos vienen á sujetarse á las autoridades.

Estos son los principales movimientos de la guerra, y los cuales creciendo y agitándose como la bola de nieve, tenemos y con fundamento se estiende por todos los ámbitos del mundo.

Con todo fijémonos en Canton (China), y veremos con la mayor pompa y solemnidad el acto de colocar la primera piedra en la iglesia católica que está en construcción en aquella ciudad, á cuyo acto asistieron las autoridades chinas y otras europeas.

Nos congratulamos al ver que se le tributa el debido homenaje al talento, pues se anuncia en Liorna que se ha abierto un certámen para que los escultores presenten sus proyectos respectivos para la ejecución de una estatua colosal del difunto ministro conde de Cavour, para adornar una de las plazas principales de la ciudad. Igualmente en Florencia se están reuniendo fondos para erigir un monumento en honor del inmortal Dante-Alighieri, hijo de aquella ciudad y eminente poeta.

Nuevas vías-férreas en proyecto de Carmona á Sevilla y otro pequeño ramal que atravesando por Linares empalme con la línea general de Andalucía, con otras mas, son las obras de utilidad pública, que hoy aumentan nuestras comunicaciones y comercio. Los pirineos acaban de perforarse con la apertura del túnel de la Oazurza de tres kilómetros de estension y que es el mas importante de toda España, que el día 11 del corriente se atravesó en toda su longitud, y cuya empresa á costa de grandes trabajos se promete que para el inmediato verano pueda atravesarle la locomotora estableciendo de este modo el enlace directo de nuestro país con el resto de Europa.

En Madrid tambien se trata de introducir una grande mejora, además de las realizadas y en práctica, de establecer en los puntos mas céntricos de la villa tres grandes mercados de hierro, á semejanza de los concluidos últimamente en París y Viena, y que indudablemente llenarán falta tan indispensable en la corte de España.

Respecto á diversiones en la corte, hubo sus bailes de Piñata, y últimamente una deliciosa funcion teatral en el Liceo Piquer, poniéndose en escena D. Tomás y ¡Pobres mugeres! egecutadas admirablemente, tocándose despues un duo de piano y órgano espresivo; finalizando con la lectura de una oda á Cervantes por su autora la jóven poetisa señorita de Solís, una sentida balada del Sr. Herranz y una levantada composicion de D. Bernardo Lopez al Dos de Mayo.

Novedades teatrales, solamente el Mercado

de los inocentes, puesto en el teatro del Circo, con éxito desgraciado.

Únicamente *Venganza catalana* es la que continúa haciendo furor: y se asegura, que al número de atenciones de que su autor es objeto, ha mandado hacer el distinguido poeta D. Eduardo Asquerino una hermosa pluma de oro y brillantes para regalársela.

Por último, solo nos falta consignar de la crónica de la corte, haber llegado á ella *La Hija del Yumury*, ilustre poetisa cubana, ventajosamente conocida en las Antillas, y que ha ofrecido á S. M. un tomo de sus poesías, que nuestra Reina, como siempre protectora del talento, ha aceptado con aprecio, significándole la señora duquesa de Alba en su real nombre así, lo mismo que el sentimiento de no poder recibirla por su delicado estado de salud.

En esta ciudad, parece presentarse esta temporada teatral algo mas agradable, pues en el teatro Principal se ha egecutado con buen éxito el *Rigoletto*, en el que han hecho su debut el tenor Piccinini y la señorita Moro; y la compañía del de la Princesa se ha reforzado considerablemente con el barítono Cresci y la muy distinguida señora Solera, que debutó con la zarzuela *El Dominó azul*.

El jueves hubo un gran concierto en el teatro Principal, y la novedad mas culminante de él, fue el *Ave María* de Gounod, cantada por la Sanchioli, y el renombrado pianista señor Perrelli, que en su admirable y brillante egecucion arrebató al numeroso público que le aplaudió estrepitosamente.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

LO QUE ES POESÍA.

(Continuación.)

III.

—Mamá, ¿cuándo comemos? ¡Jem! ¡jem! yo quería comer! cencerreaban Luis y Pepito zarrandeando á su madre.

—¡Tened un poco de paciencia, que ahora vamos! ¡Jesus qué enemigos de chicos!

Ana dejó su costura, se fue á la cocina á hacer en mi obsequio una de las habilidades que reservaba para los días de incienso, y yo me fui á dar una vueltecita por la huerta, donde me estuve charlando con un mozo rubio que trabajaba en otra huerta separada de la de Pepe por una tapia que me llegaba al pecho.

Poco despues me pareció que Luis y Pepito andaban al morro al pié de la escalera del comedor, y eché á correr allá para poner paz entre los ruines. Los ruines, á quienes su madre habia mandado que me avisaran para comer, habian empezado á pescozones sobre quién habia de ir el primero.

Al subir al comedor, me encontré con la mesa mas poética que en aldea habia visto. Los cubiertos eran de boj y los platos de Talavera, pero ¡qué nuevecitos! ¡y qué blancos los manteles! ¡y qué canastillos de variadas frutas! ¡y qué ramilletes de flores en los ángulos de la mesa! ¡y qué gusto tan delicado en la colocacion de todo!

—¡Ana! dije, ¿y es Vd. quien me pregunta qué es poesía?

—Sí que se lo pregunto á Vd., porque todavia no me ha contestado como Dios manda.

—Poesía es esto.

—¿Poesía la mesa? ¡Calle Vd., burlon!

—La mesa, y sobre todo, lo que ha inspirado á Vd. todos estos primores.

—¡No tiene Vd. malos primores! ¿Qué tiene que ver la poesía con que á una le gusten las florecitas frescas, las frutas hermosas y los manteles blancos?

—Pues la poesía está en ese gusto, en el gusto delicado.

—¡Ay qué rico le tiene éste! dijo Pepito clavando el diente á un hermoso albaricoque.

—¿Y está tambien la poesía en los albaricoques? añadió su hermano abriendo uno.

—Sí que lo está, contesté sonriéndome.

—Engañoso, que no tiene mas que hueso, me replicó Luisito.

Echámonos á reir con esta salida de pié de banco, y nos pusimos á comer alegremente, no sin que con frecuencia interrumpiera Ana la conversacion con un: —«¿Si habrá comido ya mi Pepe?» — O un: —«¿Dónde habrá comido hoy aquel?» O un: —«¡Válgame Dios qué gobierno tendrá estos días aquel pobre, acostumbrado al arreglito de su casa!» — tiernos recuerdos y dulces inquietudes en que, como dije á Ana, habia mas poesía que en los versos de todos los banderilleros del mundo.

Estábamos echando un parrafillo de sobremesa, cuando los niños que habian salido al balcon del comedor, empezaron á gritar muy alegres: — ¡Tío Bailén! ¡tío Bailén! Mamá, dile al tío Bailén que suba á contar cuentos de soldados.

Ana se asomó al balcon y dijo á un anciano que pasaba por la calle:

—Tío Bailén, ¿no quiere Vd. subir á echar un traguillo?

—Allá voy, hija, contestó el anciano, que á un trago y un cigarro no se niega nunca el español.

Mientras el anciano subia, me contó Ana que le llamaban el tío Bailén porque su mayor dicha era contar lo que pasó en la batalla del mismo nombre, donde recibió una herida, de cuyas resultas quedó ciego. En efecto, el tío Bailén no veia mas que con los ojos del alma; Dios nos los conserve á todos.

Ana le alargó un vaso de excelente vino y yo un cigarro de excelente tabaco.

—Buen vino está este, dijo el pobre ciego, pero lo he bebido yo mejor.

—¿Dónde?

—En Bailén, cuando vencimos á Dupont. Estaba yo con una herida en la cabeza pidiendo por todos los santos del cielo un vaso de agua, cuando pasa el general Castaños y con su propia mano me escancia un vaso de vino y me lo dá mezclado con dos lágrimas que se le saltaron al verme con la cabeza acibillada. Aquel si que era vino, ¡voto á brios Baco!

—Vamos, tío Bailén, cuéntenos Vd. lo que pasó aquel día.

El veterano se apresuró á complacer á Ana. Aquel día de gloria en que treinta mil veteranos franceses rindieron sus armas á los piés de veinte mil reclutas españoles hambrientos, desnudos y casi inermes, pero inflamados por el santo amor de la patria y el recuerdo de la traicion y la iniquidad que habian acompañado á los invasores desde el Vidasoa al Manzanares, aquel día de gloria era pintado por el anciano con tan vivos colores y tal entusiasmo, que nuestro corazon latia violentamente y las lágrimas escaldaban nuestra mejilla lo mismo que la del narrador.

—Ana, dije yo, ¿se siente algo de lo que ahora sentimos, leyendo el libro que ha compuesto el banderillero?

—No, nada de esto se siente.

—Pues consiste en que en aquel libro no hay mas que versos, y en lo que cuenta ese anciano no hay mas que poesía.

Levantámonos de la mesa é íbamos á bajar á la huerta, cuando Ana se detuvo exclamando:

—¡Ay que no le habíamos dicho á Vd. nada del cuadro!

—¿Qué cuadro?

—Uno que nos ha regalado un pintor de Madrid, amigo de Pepe.

—¿Y es bueno?

—Precioso. Venga Vd. á la sala y le verá. Representa las inmediaciones de Villaviciosa con las huertas y el castillo. ¡Cosa mas propia!

Encaminámonos todos á la sala, y en efecto me encontré en esta con un cuadrillo que merecia la calificacion de precioso, que Ana le habia dado. Era un pais pintado á la ligera,

pero lleno de frescura, de verdad y de encanto.

—¿Qué le parece á Vd? me preguntó Ana.

—Me parece lindísimo. ¿Y cómo se llama el pintor?

—Se llama el Sr. de Haes.

Al oir este nombre se duplicó la alegría de mi corazon, porque confieso que los paises de Haes tienen para mí tal encanto, que hasta el nombre del pintor me causa ese placer, esa alegría inesplicable que hace sentir todo lo que tiene relacion con los objetos ó con los sentimientos agradables.

En aquel reducido lienzo aparecian con todos sus accidentes el hermoso vallecito, por cuyo fondo corre el arroyo que fertiliza las huertas de Villaviciosa, y el cerro en cuya cúspide se alza el castillo donde espiró el rey Don Fernando VI.

—Yo me paso las horas muertas viendo ese cuadro, me dijo Ana.

—Y yo tambien.

—Y yo.

—Y yo, añadieron Mariquita y los niños.

—¿Pero en qué consiste, me preguntó Ana, el placer que se siente viendo ese cuadro, cuando está una harta de ver el original? ¿Y en qué consiste que el original no encanta tanto como la copia?

—Consiste en la poesía del arte.

—¿Qué! ¿el arte tiene poesía?

—¡No la ha de tener, si la poesía y la belleza, vienen á ser una misma cosa!

—¿Y cuál es la poesía del arte?...

—La poesía del arte es lo que hace á Vd. pasarse las horas muertas contemplando ese paisaje; lo que hace á Vd. experimentar mayor encanto viendo la copia que viendo el original; lo que siente Vd. delante de ese cuadro.

—¿Qué cosa tan hermosa es la poesía!

—Como que es la hermosura misma.

En la sala habia un piano.

—La poesía, la pintura y la música son hermanas. Ya nos hemos entretenido un rato con las dos primeras y no seria malo que nos entretuviéramos un poquito tambien con la última, dije á Ana indicándole el piano.

—Vaya, vaya, déjeme Vd. de música, que eso se queda para las jóvenes.

—Si es Vd. vieja, rejuvenézcase Vd. cantando con acompañamiento de piano una de aquellas barcarolas con que tantas veces ha enamorado á Pepe.

—Si hace un siglo que no me he sentado al piano con tanto como le dan á una que hacer esos enemigos...

—Vamos, mamá, no se haga Vd. rogar, dijo la Mariquita viniendo en mi ayuda.

—Malo y rogado es dos veces malo, contestó al fin Ana, sentándose al piano.

Y comenzó á tocar y cantar una barcarola de Arrieta llena de la dulcísima melancolía que este inspirado artista derrama en todas sus delicadas creaciones.

Aquel canto y aquellas melodías empezaron á sumergirnos en una especie de éxtasis inesplicable, y cuando Ana se levantó del piano, lo mismo sus ojos que los de Mariquita y los míos, estaban encendidos y húmedos.

Todos los recuerdos dulces y amorosos que encerraba mi vida se habian despertado en mi corazon al oir aquel tierno y melancólico canto, y creo firmemente que el mismo sentimiento habia hecho afluir las lágrimas á los ojos de Ana y á los de Mariquita.

—Señor, dijo Ana, ¿qué tendrá la música que hace sentir esto que una siente?...

—Lo que tiene y lo que derrama en el alma es poesía, contesté.

Poco despues fuimos todos á dar un paseo por la huerta.

El mozo rubio se puso á cantar:

Te llaman la azulera
porque te gusta lo azul:
por mas que lo azul te guste,
mas me gustas á mi tú.

—¡Canta bien ese muchacho! dije. ¡Y es guapo chico!

—Ya lo sabe mi hija, contestó Ana.

La muchacha se puso coloradita como una rosa.

—¡Hola, hola, Mariquita! ¿conque todo eso tenemos?

—Vaya, replicó Mariquita ahuecando la voz y poniéndose encendida como un clavel, ¡qué cosas tienen Vds....!

—¿Conqué noviecito ya?

—¡Sí, novio!...

—Dí que si lo es, exclamó Pepito agarrándose de mis faldones y haciéndome burladero de las embestidas que le daba su hermana llamándole picotero y otras picardías por el estilo.

El gaterilla me hizo seña con la mano para que me inclinase; me incliné y entonces me dijo al oído mirando de reojo á ver si se acercaba su hermana:

—Mira, el otro día fui con la Mariquita á la fuente y encontramos al rubio que tenía un clavel en la boca. El rubio le dijo á la Mariquita: ¡bendita sea la madre que te parió! y le tiró el clavel. La Mariquita se puso muy alegre y despues que se marchó el rubio, besaba el clavel, y tenía los ojos mojados. ¿Sabes tú qué es eso?

Iba yo á contestar que todo aquello era poesía, pero recordé que quien me lo preguntaba era Pepito y no su madre, y contesté al oído del niño.

—Eso es que cuando los niños cuentan lo que oyen ó ven sin preguntárselo nadie, viene un pajarito muy feo, muy feo, y ¡pin! les da un picotazo muy fuerte, muy fuerte en la lengua.

—¡Anda, engañoso! ¡Ya no te quiero! dijo Pepito muy enfadado dejando en libertad el faldón de mi levita para ir á hacer presa en la falda de su madre. A pesar de que habia aparentado no dar crédito á lo del picotazo, no debía tenerlas todas consigo, pues desde aquel instante calló como un muerto, y noté que, así como quien no quiere, se tapaba la cara con la falda de su madre cada vez que nos hacia la rosca algun pájaro.

Recorrimos de un extremo á otro la huerta, que tenía honores de jardín, y estaba tan deliciosa como la tarde y disfrutamos entre otras cosas, de una magnífica serenata que nos dieron los pájaros.

Estos artistas sabian muy bien que aquellas no eran sus mejores horas de inspiración, pero dijeron:—Qué demonche, hay que hacer de tripas corazón para obsequiar á los forasteros: y cantaron que se las pelaron.

En una colinita que se alzaba á un extremo de la huerta nos detuvimos silenciosos. El sol declinaba tras de las lejanas lomas de occidente, y sus últimos y amarillentos rayos bañaban de vaga y misteriosa luz la campiña. Allá á lo lejos se oían los cantares del labrador que recogía sus aperos para tornar á la aldea, y nos pareció que la apacible brisa de la tarde traía hasta nosotros el toque de unas campanas mezclado con los vagos rumores del monte y de la campiña y el murmullo del Guadarrama, cuya corriente parecía callar cuando la brisa no venia á acariciar nuestra frente. Murmullos, perfumes, cantos de pájaros, el sol tocando en el ocaso... todo esto sumía nuestro corazón en dulcísima melancolía.

Miré en mi derredor. Mariquita y los niños habian desaparecido, y solo estaba á mi lado Ana, entregada á aquella especie de éxtasis que embargaba mis sentidos. Ignoro si mis ojos estaban húmedos, pero me pareció descubrir una lágrima en los de Ana.

—¿Qué pensativa se ha quedado Vd.! dije á ésta.

—¡Pues mira quién habla! me contestó haciendo un esfuerzo para sonreír.

—¿En qué piensa Vd.?

—¿En qué he de pensar! En mi marido, en

mis hijos, en mis padres que estén en gloria, en mis hermanos, en... en fin, en todas las personas que uno quiere ó ha querido

—¿Y por qué piensa Vd. en ellas ahora con mas ternura y mas amor que otras veces?

—Justamente eso le iba yo á preguntar á Vd. Señor, ¿qué será esta dulce tristeza, este cariño, esta gana de llorar que una siente cuando se pára á ver cómo el sol se pone y á escuchar todos esos ruidos confusos que el viento trae al anochecer?

—¡Ana! ¿quiere Vd. saber qué es eso?

—¿Pues no he de querer?

—¡Eso es poesía!

—¡Bendita sea la poesía si es lo que ya me voy figurando!

(Se concluirá.)

ANTONIO DE TRUEBA.

LA ADULACION.

Llamo yo adulacion al acto de ensalzar mas de lo que se merecen las prendas físicas ó morales de un sugeto, ó bien al de adornarle de cualidades buenas, que no tiene, ó malas, pero que le halagan.

Bajo este punto de vista todos somos aduladores; desde el magnate hasta el porquero; desde el monaguillo hasta el canónigo; desde el pobre hasta el rico; todos, por consiguiente, somos embusteros, y todos quebrantamos el mandamiento que dice: «no levantar falso testimonio ni mentir.» Unos á otros nos engañamos miserablemente, y todos solemos tener grandes tragaderas cuando de adularnos se trata.

El chiste y la gracia está en que, siendo todos mas ó menos aduladores, ninguno dice que lo es, y solo tenemos por tales á los que lo son en grado superlativo.

Oigamos sino al excelente D. Homobono:

—Yo (dice) no sé cómo hay quien adula con tanto descaro; á mí se me figura que si me pusiese á adular á una persona, me habia de quedar á lo mejor del tiempo cortado y corrido como una mona.

D. Homobono se adula, porque se cree superior á otros hombres, cuando en realidad es como ellos, con la diferencia de que él dice que es diferente.

Ahora mismo, en el momento en que yo escribo este artículo, que lleva por título *La Adulacion*, soy un adulador; porque en las pocas líneas que he escrito, y en las que he de escribir en seguida, no he dicho, ni diré, ya por decoro á la adúladora sociedad, ya en consideración á mi propia fama todo lo que siento y me ocurre: porque si uno fuese á decir todo lo que siente, ó si todo lo que siente lo dijera como lo siente, tendria el disgusto de oírse llamar poca vergüenza ó miserable cuando menos.

Siéntase Rosita al piano á cantar una cavatina, y todo el mundo la escucha con religiosa atención, sin atreverse nadie á toser siquiera. Luego que aquella acaba, la concurrencia rompe en estrepitosos y prolongados aplausos. ¿Por qué aplauden á Rosita, siendo su voz tan desentonada, tan bronca y tan espantosa, que le dan á uno ganas de echar á correr por no oirla? Porque es muger y bonita, y porque la madre, á quien se le está cayendo la baba de gusto, dice y repite á los concurrentes, con la boca, con los ojos, con las manos, y hasta con los piés, que su hija es cosa como hay pocas.

Entremos ahora en ese baile de gran tono, en donde un elegante habla al oído de la marquesa de *Aguas-Muertas*. Pondérale su belleza sobre todas las bellezas habidas y por haber; en comparación de ella, los ángeles son unos camellos, unos rinocerontes. Ese elegante adula al dote de la marquesa, porque lo que es ella, francamente, tiene dentadura de mula y ojos ribeteados, presentando en su conjunto

la mismísima estampa de la heregía. La marquesa, por su parte, que tiene mas presunción que buen juicio, se adula tambien y se engaña á sí propia, creyéndose la flor y nata del baile.

El estropeado mendigo que pide una limosna en esas calles de Dios, á todos los transeuntes los llama *generosos caballeros* y *buenas almas*, aunque los *generosos* doblen la esquina sin dignarse mirarle.

En una ocasion oí llamar *bestia* á uno que mas tenia de eso que de santo; él contestó al punto, con cierto retintín ó tonillo de satisfacción, diciendo:—«*Usted me adula;*» creyendo de buena fe que habia dicho una sal epigramática, cuando el pobre se adulaba.

¿Cuántas veces un desdichado pretendiente habrá dicho á un ministro en sus memoriales que es el *Non-Plus-Ultra* de los ministros, de la integridad, de la justicia y de la sabiduría, y el hombre mas amante de la felicidad de los pueblos, que le bendicen! ¿Por qué el pretendiente dice esto al ministro?... porque le necesita; y sino, oigámosle en su casa.

—¡Quiá! ¡si los ministros tienen esquilado el país! ¡si aquí cualquier títere es ministro! si en esta nacion no se administra mas justicia que la *catalana*, cuando les conviene, ni hay otra ley que la del embudo: está visto, solo el que tiene favor ó dinero, es el que logra.

El sacristan dice al cura que el sermón que predicó en la Pascua de Pentecostés vale un Perú; sin embargo, bien sabe el sacristan que el auditorio se dormia, sin tener sueño, ó se salía de la iglesia durante el sermón.

Hasta el que sube al patíbulo se adula y se engaña: finge serenidad é impavidez, para que luego que le hayan apretado el cuello, digan las gentes:

—¡Pero hombre, qué tieso iba!

—¿Cómo si fuese á una boda!

—¿Cómo miraba á todos!

—¡Y cómo saludaba!

—¡Era hombre de corazón!

¡Y el interior del pobre ajusticiado seria un infierno!

Hay una clase de adulacion que asesina. Pedro acaba de graduarse de bachiller, y tiene que ir á dar *las gracias* al doctor Farfalla, estando seguro, segurísimo de que el tal doctor ha sido el que le ha echado bola negra, y, lo que es mas, se la ha echado injustamente. El graduando, sin embargo, ha de mostrársele agradecido por su *benignidad* y *consideracion*, cuando quisiera verle en las astas de un toro de seis años.

Hace tiempo me hallé casualmente en un teatro de provincia, estándose ensayando un drama de un joven poeta, para *egecutarlo* cuanto antes. Nuestro vate veía que los actores, en corrillo aparte, no cesaban de reirse, mirando á todas partes, y como es natural, tambien hacía donde él estaba; y aunque, la verdad sea dicha, aquellos no se reían del poeta, ni de su obra, este novel dramaturgo creyó que se burlaban de él. ¿Y qué se figuran mis lectores que hizo?... ¿Amoscarse?... no por cierto; miróles, y persuadido de que se reían de él, se echó tambien á reír como un alma de cántaro, como un bobalicon. ¿Y por qué se reía, cuando realmente apenas podia ocultar su rabia? Porque era preciso adular á los actores, y reír con ellos para tenerlos contentos, y no le desollasen (como luego le desollaron) su primera produccion.

Tropieza un viagero en esos montes de Dios con ciertos prógimos que, mas que de hombres tienen facha de demonios; le limpian los bolsillos de *polvo* y *paja*, y el viagero les pone, sin embargo, cara risueña, y les alaba su buen porte, y les dá encima las gracias, saludándoles, al despedirse, con la mayor cortesía del mundo.

Siempre se ha mirado á los palacios como el centro de la mas refinada adulacion, y á los cortesanos como los hombres mas aduladores: concedo que así sea; pero si no hay mas adu-

lacion en las aldeas y entre gañanes, por lo menos la de éstos es groserísima y sin disfráz, y lo que no va en lágrimas va en suspiros.

Lo dicho, dicho; el mundo se compone de aduladores, y ciertamente si encontráramos un antidoto eficaz y poderoso para destruir el veneno de la adulacion, tengo para mí que el remedio sería peor que la enfermedad.

Supongamos por un momento que no hay adulacion, y que solo se permite decir la verdad desnuda. Que acogen con murmullos de desaprobacion á nuestra filarmónica, porque lo merece; ella se pondrá hecha una furia, viendo ajado su amor propio, y llamará bárbaros á los tertulios, y éstos á ella orgullosa... ú otras cosas peores.

Nuestro elegante dice á la marquesa que es horrible, nauseabunda, un sapo, un hipopótamo, y que solo la hace la corte por lo que suena. ¡Figúrense ustedes cómo se pondrá la heredera de Aguas-Muertas!

El mendigo se desatará contra quien, tras de no darle limosna acoja gruñendo su peticion, en una granizada de interjecciones cartereras y tabernarias, adelantando quizás con esto, que ya que su prógimo no le dió limosna, le dé una paliza.

El bachiller dirá al doctor Farfalla: —«Se ha portado usted conmigo miserablemente; es usted un ente ridiculo y vengativo, un miserable, un cuadrúpedo... con borla.

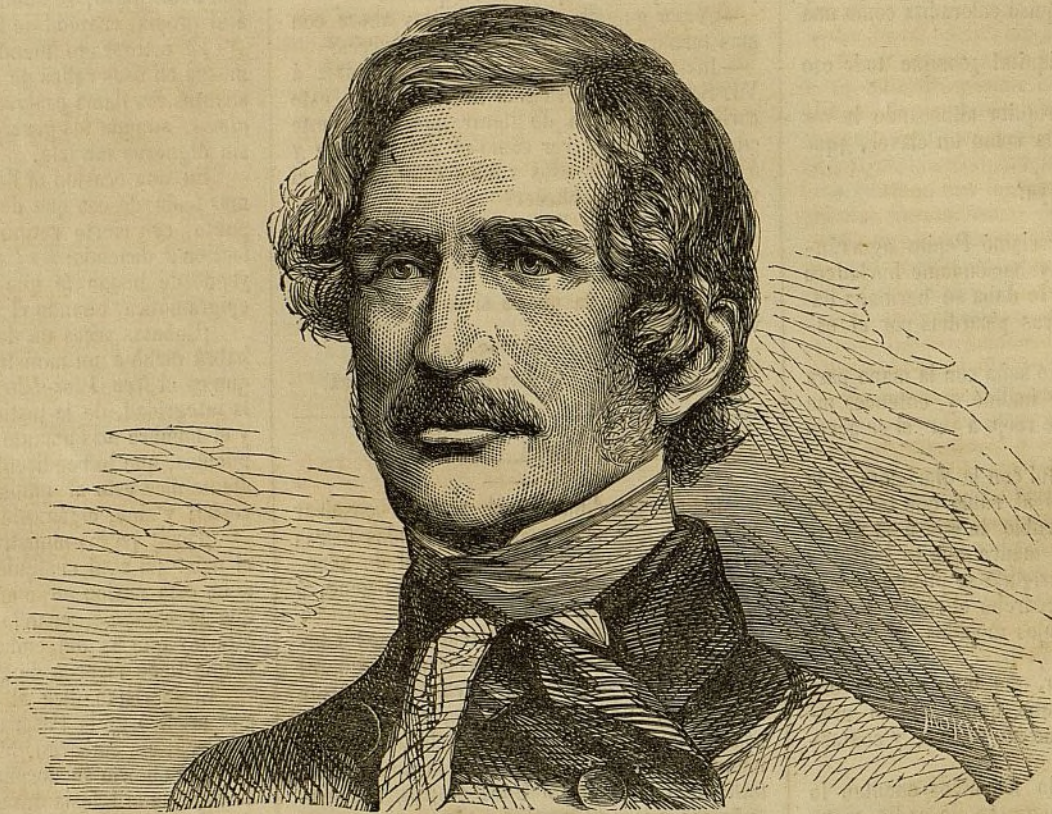
Una república como esta en el mundo, caería infaliblemente antes de una semana; los republicanos no podrian verse, ni sufrirse unos á otros, por lo claros, y andaría el cachete que cantaría el credo.

¿Por qué un hombre, que nada tiene de hermoso, no rompe el espejo que hay en su sala, al ver estampado en él su horrenda figura, con sus colores, sus movimientos y sus naturales dimensiones? Porque somos naturalmente vanos, y todo lo que á nuestra vanidad humilla lo traducimos al revés, y aun muchas veces lo convertimos en sustancia. Si al tiempo de mirarse un hombre, le gritase el espejo:

—¡Anda, feote; quita allá, feo!

Si esto le gritase, casi puede asegurarse que el tal individuo haría pedazos el espejo, y que le tendría por mentiroso. ¡Cuánto amarga la verdad!

Si no fuese por la pícara necesidad y dependencia que tenemos los unos de los otros, no habría tantos aduladores. Dije al principio, y ahora repito, que el mundo todo se compone de aduladores. En efecto, ¿quién hay que viva en absoluta independencia de los demás hombres? Adúlase unas veces por miedo, por



EL GENERAL MEZA, COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO DINAMARQUÉS.

hurla otras; ya por aficion, las mas por interés, y no pocas por amistad. Pero, mírese como se quiera, siempre es adular, por mas vueltas que le demos.

Riámonos de cuentos, y no tratemos de hacer que desaparezcan del mundo los aduladores, porque tan imposible sería lograrlo como tocar al cielo con un dedo. ¡Pobres poetitas, entonces, si el castigo hubiera de ser proporcionado al delito!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL GENERAL EN JEFE

DEL EJÉRCITO DINAMARQUÉS.

Christian Julio De-Meza, que hoy desempeña el importante puesto de general en jefe de las fuerzas danesas, nació el 14 de Enero de 1792 en Elsinour, llamado por los naturales Helsingor, y mencionado por Shakspeare en su tragedia titulada *El Príncipe de Dinamarca*.

En el sitio puesto por los ingleses en 1807 á Copenhague, De-Meza fue nombrado primer cadete de artillería en la ciudadela de Fredericksahafen, y mas adelante ejerció el cargo de profesor en el colegio de la citada arma; cargo que dejó en 1842 por haber pasado con el empleo de mayor á un regimiento de la misma.

Al estallar la revolucion de 1848, De-Meza ascendió á comandante de artillería, en cuyo puesto se distinguió mucho en los ataques contra Schleswig, Bau y otras plazas.

En Diciembre del mismo año fue promovido á coronel, y en Abril de 1849 á gefe de artillería y de brigada, mandando la que se componia de 15,000 hombres que el general en jefe dinamarqués dejó en la isla de Alsen. Al frente de estas tropas, De-Meza tomó una parte activa en la batalla de Fredericia.

En 1.º de Enero de 1850 ascendió á mayor general; pero á consecuencia de una enfermedad, no le fue posible tomar el man-

do en la tercera batalla empeñada en Schleswig. Sin embargo, no pudiendo soportar la inaccion en su casa, siguió al estado mayor del general Kroghs, á quien se unió en los dias 24 y 25 de Julio, cuando se recibieron las noticias de la desgraciada batalla sostenida por Stolk. Entonces De-Meza tomó el mando de las tropas del difunto general Schleppegrell, reorganizó y reunió las dispersas divisiones, y por segunda vez se encargó del mando de la artillería y de las columnas de operaciones consiguiendo al fin derrotar completamente las fuerzas enemigas.

Terminada la guerra, De-Meza fue nombrado inspector general de artillería; puesto que de nuevo hubo de abandonar, por haber recaído en él el cargo de comandante general de las tropas reunidas en el Fleusburg (Schleswig), la Juttandia y Fynen. El 2 de Abril de 1860 recibió la faja de teniente general.

Muchos de nuestros lectores se admirarán seguramente de lo singular del retrato del ilustre general de quien hablamos. No obstante, está tomado de una fotografia sacada en Copenhague, en la cual S. E. aparece vestido de mañana, porque á semejanza de muchos hombres de mérito, tiene sus rarezas, y en vez de complacerse en lucir sus brillantes condecoraciones y su ostentoso uniforme de general en jefe, prefiere que se le reconozca en el modesto traje de la vida civil.

Cuando De-Meza mandaba en Flensburg, habitaba en una fonda en la que corría por su cuenta todo el piso principal, que se componia de seis departamentos ó cuartos en inmediata comunicacion unos con otros. No obstante, acostumbraba vivir en los dos extremos, porque mira con especial horror los aires colados; de modo que todo aquel que deseaba verle, tenia que pasar por los cuartos intermedios que se mantenian siempre debidamente calientes, antes de ser admitido á su presencia.

Los medios de que el general se vale en campaña para librarse de las corrientes de aire frio, es cosa bastante difícil de esplicar; pero dícese que tiene por costumbre disponer una série de tiendas que se comunican unas con otras.

A pesar de estas inofensivas escenticidades, todos convienen en que De-Meza es un hombre dotado de rectos sentimientos, y uno de los mejores generales que ha tenido Dinamarca de muchos años á esta parte.



LIT. V. ALEGRE.

VISTA GENERAL DE POBLET ANTES DE SU DESTRUCCION.

UN CAPITULO DE UN VIAGE.

POBLET.

I.

El día 27 (Diciembre de 1863) amaneció sumamente frío: los campos, en toda la extensión que alcanzaba la vista, se veían cubiertos de escarcha, afectando el aspecto de una gran nevada. A las siete salía de Reus y me dirigí á la estación del ferro-carril de Montblanch, vía destinada á enlazar en un tiempo mas ó menos próximo aquella ciudad con la de Lérida. La estación es espaciosa, cómoda, admirablemente distribuida, con elegantes avenidas y con un servicio respetuoso, hábil é inteligente. Las salas de espera reúnen la elegancia mas sencilla á las comodidades que el gusto y aun el lujo parece que tengan derecho á exigir.

No viajaba solo: antes por el contrario, mi humilde persona era el objeto de los obsequios de mi ahijado D. Juan García, y de mis nuevos y simpáticos amigos de Reus los Sres. Sociats, Bielsa, Freixa y un honrado artesano, llamado Sebastian, extendiendo su benevolencia á mi constante compañero y amigo D. Francisco Dechent.

El coche de primera clase, que ocupamos en el viaje hasta Montblanch, era magnífico; mas era tal el frío que se dejaba sentir, que nos era imposible contemplar el panorama que se desarrollaba á nuestra vista, á través de los cristales, constantemente empañados. Pero ansiaba admirar los cuadros, que el viaje iba á extender al rededor, y en su consecuencia dejé caer el cristal inmediato, y envuelto en una manta me dediqué á ver y observar. Mientras cruzamos la zona extrema

del estenso y pintoresco campo de Tarragona, el país se ofrecía ligeramente ondulado, pero presentaba un cultivo esmeradísimo y una vegetación soberbia y exuberante. Suponia que en su estación serían bellísimos aquellos campos, poblados de viñedos.

Cuando comenzamos á entrar en la parte de las montañas, cuyo encadenamiento se prolongaba por el Este, se fueron cubriendo sus faldas de espesas nieblas, que hacinándose confusamente, se precipitaron sobre las cumbres, estendiéndose luego, como un espeso velo, que nos ocultó los rayos del sol, envolviéndonos en una niebla glacial.

La vía férrea se lanzaba entonces á través de anchos desmontes y al borde de pendientes ásperas hasta el puente del Francolí. Esta obra es atrevida, imponente y sólida al mismo tiempo. Visto el río desde la altura del coche, aparece en una respetable profundidad: á un viajero se le desprendió el sombrero de la cabeza y no tuve tiempo para verle llegar al fondo del cauce. Al salir del puente se precipita el tren por la vía, abierta en la pendiente de otra montaña abierta en grandes trozos por los barrenos; por una parte la montaña le sirve de elevadísimo muro y por otra descubre un profundo precipicio, á donde han rodado grandes escombros al pié del pueblo de la Riba. En aquel momento no se veían por todos lados mas que montañas abruptas y el cauce del Francolí, arrojado en los abismos del sinuoso barranco que le sirve de álveo.

Al salir de este laberinto de montañas, el terreno vuelve á presentar un aspecto mas igual y semejante al campo de Tarragona.

Dos horas despues de nuestra salida de Reus nos hallamos en la estación de Montblanch. El día continuaba nebuloso y frío, y nuestro primer cuidado fue ajustar una tartana que nos

condujera á Poblet, objeto de nuestra expedición, y en seguida recorrimos algunas calles de aquella célebre é histórica población. Capital del país, que constituía un gran título honorífico de los príncipes de la casa real de Aragón, Montblanch presenta en su población antigua los vestigios de un punto fuerte y de la residencia de aquellos Duques Príncipes, de los cuales ciñeron tantos la corona de Ramiro y de Alonso el Batallador. Murallas, torreones almenados, puertas sólidas protegidas por torres gemelas y unas calles estrechas y sinuosas, mostraban en su color del tiempo el paso de las generaciones, cuya historia, principiando en los árabes del siglo VIII, termina en la guerra de Sucesión.

Vimos una pequeña iglesia de arquitectura bizantina, que fue sin duda la primera que tuvo la población, porque la iglesia actual, de altísima bóveda y arcos apuntados, es posterior al siglo XIII, si bien la fachada principal se restauró en el XVI, conservando parte sin embargo de los detalles de la obra primitiva. El menos inteligente encuentra esa amalgama, comparando las figuras que adornan la obra antigua y la moderna.

Urgía el tiempo, y satisfecha esta curiosidad arqueológica, entramos en una posada; y mientras al amor de la lumbre disponíamos la expedición, se nos sirvió el chocolate con las celebradas *cocas*, que son tan estimadas en todo aquel país. Concluido este ligero desayuno y acopiadas nuevas provisiones, salimos para Poblet. Felizmente me ocurrió esperar la tartana fuera de la población, y á esta circunstancia debo la casualidad de haber podido admirar en el puente é incrustados en sus muros exteriores una considerable porción de restos romanos, tales como manojos de espigas, diferentes bustos, cuerpos trancos de estatuas y

algunos detalles de ornamentación, que alguna mano cuidadosa procuró recoger y colocar en aquel punto. No me fue posible hacer de estos restos notables el estudio que se merecían.

El camino hasta cerca de la Espluga, es la magnífica carretera de Lérida, bien conservada, y que cruza un terreno cubierto de colinas cultivadas y sumamente pintorescas. Sobre las once empezó á disiparse la niebla, cuyos ligeros y blancos girones parecía que se quedaban prendidos de las copas de los pinos, permitiendo saludar al sol, cuyo calor nos era tan necesario.

Un cuarto de hora antes de llegar á la Espluga, dejamos el camino real, para entrar en otro bastante malo y estrecho, que va descendiendo hasta llegar al puente del Francolí, para subir desde allí una pendiente rápida, que termina en el pueblo. Este se halla situado sobre el río en una posición ventajosa; y sus calles anchas y ventiladas, y sus casas blanqueadas y limpias recuerdan que aquel pueblo es el punto de reunión de numerosas familias, que van allí para beber el agua ferruginosa de su acreditada fuente.

En el pueblo abandonamos el carruaje y emprendimos á pié la marcha al gran monasterio de Poblet.

Es un trayecto de media hora: el camino es regular; el país ondulado, pero hermoso, aunque caminando sobre escarcha y con un frío excesivo no me pareciera entonces este paseo tan bello, como lo será indudablemente en el verano, que es allí tan apacible y agradable.

Por fin se descubre una cruz de piedra, elegante, esbelta, pero mutilada. Ya estamos en el territorio del monasterio. Antiguamente sombreaba el trecho de un cuarto de hora, desde la cruz al convento, el camino de entrada, que servía de paseo á los monges, un magnífico bosque de cipreses. El paseo está hoy sin árboles; á flor de tierra asoman aun los troncos de muchos cipreses, y el piso está además pedregoso, entrecortado y en algunos puntos cruzado por las aguas sobrantes del riego.

La aproximación al histórico monasterio no se anuncia, como el de Portaceli y otros, por la aspereza de las montañas que os conducen á una soledad sombría: Poblet ocupa la parte más elevada de un valle estenso, que en la época de la fundación era un bosque y una imponente soledad: hace mucho tiempo que el valle es casi un jardín.

Continuando el camino, os encontráis de repente con un alto muro de hormigón, ennegrecido, agrietado, cubierto de hiedra, y á cuyo pié continúa el camino hasta la puerta del magestuoso monasterio.

Antes de entrar os sorprende el murmullo de una fuente abierta al lado de la puerta: de aquella agua han bebido los peregrinos, los transeúntes y los guerreros de todas las épocas. Se había colocado allí para este objeto.

(Se continuará.)
VICENTE BOIX.

Á TI.

¡Ni en el templo de Dios puedo olvidarte!
En medio de esta bóveda sagrada

Donde si creo en *ti*, su gloria pierdo,
No hay mas luz para mí que tu mirada,
No hay mas fe para mí que tu recuerdo.

¡Las preces que al Señor alza la tierra
Mi amante corazón te las envía!
¡Ya sabe el mismo Dios que en tí se encierra,
Mi fe, mi religión, mi idolatría!

Entre la blanca nube
Del incienso quemado en los altares
Que al mismo trono del eterno sube,
Tus sueños encantos entreveo,
Mas bellos é incitantes todavía
Que los pintan la ausencia y el deseo!
¡En mí no hay mas que tú! ¡gloria, renombre,

Aplausos, ambición! ¡cuánto he sentido
En mi cabeza arder! ¡cuánto he soñado,
Duerme por mi pasión abandonado
En la perpetua noche del olvido!

Perdoná si mi amor llegó á ofenderte
Y ten piedad de mi constante lloro:
¡Dios es hoy de mis lágrimas testigo!
¡Ni yo podré saber lo que te digo,
Ni tu sabrás jamás lo que te adoro!

LUIS M. DE LARRA.

EN EL TEMPLO.

Á UNA HUÉRFANA.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

I.

Yo te escuché, ¡oh muger! yo oí el susurro
De tu voz en la nave solitaria:
La bóveda sombría
Con tardo acento el eco repetía
De tu doliente férvida plegaria.

Y en tanto que altanera
Del vicio ó del orgullo
La irreverente voz tronaba fuera,
La dulce tuya en plácido murmullo
Se alzaba á Dios discreta y lastimera.

II.

«¡Piedad, Señor! tu débil criatura
Cruza el desierto inmenso de la vida
Envuelta en noche oscura:
Mira su triste nave sin ventura
De récios vendabales combatida.

¡Piedad, Señor! mi soledad terrible
Me amedrenta y me asombra.
Sé que es breve esta vida aborrecible;
Sé que tú solo fuente inextinguible
Eres de luz, y lo demás es sombra:

Lo sé; mas en la sombra impenetrable
Buscando voy, cuitada, mi camino,
Y sucumbe mi aliento miserable,
Como en bosque insondable
El del cansado, errante peregrino.

Y tiendo la medrosa
Mirada en torno mío,
Y hondo terror me acosa;
Que no encuentro una mano cariñosa
Que me aparte del áspero bajío.

Nadie viene á mi voz; sola y perdida
Cruzo el yermo erial que me circunda.
Como flor aterida,
Como planta infecunda
Sin rocío y sin sol soy en la vida,

Señor, en torno mío
No sonríe el hogar: cuanto mis ojos
Abarcen por do quier es yermo frío;
El rayo que me alumbraba está sombrío,
Las flores que me cercan son abrojos.

Nadie vela mi sueño
De quimeras tristesimas poblado;
Despiértame con ceño
El afán velador, nunca el amado
Beso que dá la madre regalado.

Donde quiera que poso
Los ojos, miro escombros y ruina:
Ni el palacio orgulloso,
Ni el nido armonioso,
Ni el faro solitario que encamina,

Ni el amoroso anhelo
Del fraternal cariño que enagena,
Ni el dulce aroma de la dicha agena,
Ni la amistad que al alma dá consuelo,
Ni el amor entrañable que la llena;

Nada tengo, Señor; el orbe entero
Ha muerto en torno mío:
Vivo en desierto páramo; el reguero
De acerbo llanto que en mis ojos brota
Era solo fecundo, y ya se agota.

¿Cuál es mi culpa, cuál? Pesada carga
Arrastro en esta vida,
Apuro hiel amarga,
Y el mundo que afligida
Me ve, de mis dolores no se cuida.

Yo hasta partir mi pan con el mendigo,
Lo guardo con recelo;

Yo muestro á quien me ofende rostro amigo,
Yo de todos me duelo:
Nadie, ¡ay, misera! á mí me dá consuelo.

Jamás irreverente
Oí vuestra palabra bienhechora;
Jamás el sol poniente
Halló erguida mi frente,
Ni alejada de vos me vió la aurora.

Y en cambio el que destila
Amarguísimo llanto mi pupila
Riega una inmensa tumba,
Si algo toca mi mano, se aniquila;
Si en algo busco apoyo, se derrumba.

No hay rayos de bonanza
En el turbio horizonte
Que mi mirada alcanza;
Nieblas cubren el monte,
Nieblas también el sol de mi esperanza.

¡Piedad, Señor! Sin rumbo y sin consuelo
Llevo la errante huella
Por el desierto suelo:
No hay para mí en tu cielo
Ni manto azul ni venturosa estrella.

Dicen, Señor, que hay copas de rocío
Para el alma transida
Que vive en yermo frío:
Sostenedme, ¡oh, mi Dios! que voy perdida
Y todo se desquicia en torno mío!»

III.

Calló tu voz; la bóveda sonora
Recogió con amor el postrer eco,
Y en alas del ambiente su murmullo
Vagó por las tinieblas un momento.

Calló tu voz; sollozos de amargura
Agitaron la nieve de tu seno
Nutrido en hiel, tus manos enlazadas
Con infinita angustia le oprimieron.

En el gótico altar, velado en sombras,
Se clavarón tus ojos con anhelo,
Y una luz, una sombra, una mirada
Buscaron con afán.... Quizá la vieron.

Si, yo sé que un altar tiene palabras
Para el que vive en aflicción; por eso
Al hablarte mi voz fue tan discreta
Que no turbó en la bóveda los ecos.

IV.

«Oye, afligida hermosa, así en tu seno
Renazca la ventura,
No anegues mas tu pálida megilla
En llanto de amargura.
¿Qué importa que este valle miserable
De espinas y de abrojos
No depare al cansado peregrino
Ni sombra ni reposo?
¿Qué importa que entre escombros y ruinas
Llaves la errante huella,
Si el alma pura que en tu cárcel mora
Se ha de cerner sobre ellas?
Sé tú como el pintado pajarillo
Que posa en frágil rama;
La ve doblarse y trina sin zozobra,
Porque fía en las alas.

P. GARCIA CADENA.

VALENCIA.

Á MI QUERIDA AMIGA LA DULCE POETISA

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

Siempre he sido enemiga, Antonia mía, de la rutinaria costumbre de viajar durante tres meses del año: las mujeres de la buena sociedad dejan su casa todos los veranos, bajo el pretexto del calor para ir á tostarse á otra parte, sufriendo además toda clase de privaciones é incomodidades.

Porque ¿dónde se halla mejor una muger, y sobre todo una muger elegante, que en su propia casa?

Aunque viaje con una numerosa servidumbre, lo cual pueden hacer muy pocas por los exorbitantes gastos que ocasiona; aunque lleve á sus criados, es forzoso que padezca mil molestias, causadas por la variación de domicilio, y sobre todo, por la alteración de las cos-

tumbres, esa imperiosa ley de la humanidad.

Para las imaginaciones vivas, para los caracteres dotados de una gran actividad, hay sin embargo pocos placeres comparables al de hacer viajes; mas las personas así dotadas, viajan generalmente sin fruto; no se detienen á estudiar, ni siquiera á comprender las costumbres de los países que recorren: viajan por su constante necesidad de movimiento, y nada mas.

A pesar de esta opinion mia, ya sabes, querida Antonia, que en el último verano salí de Madrid, y que empecé mi escursión visitando una de las mas hermosas ciudades de España, deseosa de hallar en su ambiente la salud que me faltaba.

Quiero hablarte de ella; quiero hablarte de Valencia, la ciudad del Cid y de D. Jaime el Conquistador, y referirte cuánto disfruté durante los dias que cobijó mi cabeza su hermoso cielo, tan puro y tan alegre, que no es posible haya en todo el mundo otro igual, como no sea el de tu encantada Sevilla.

He oido decir algunas veces que estas dos ciudades se asemejan.

¿Lo crees tú? Yo no.

No he tenido la dicha de visitar á Sevilla; pero despues de haber visto á Valencia, y segun lo que he oido referir de tu patria, me parece que ha de haber entre ambas notable diferencia.

Creo que Valencia se parece á una niña alegre de quince años, coronada de flores, y que siempre está riendo y derramando esquisitos frutos de sus entreabiertas manos.

Imagino que Sevilla se asemeja á una hermosa joven, lánguida y apasionada, que entona durante la noche armoniosas canciones que la luna escucha estasiada.

Sevilla es el amor, el sentimiento. Valencia la alegría y los juegos.

Háblame tú de Sevilla, ya que has tenido la dicha de nacer, de vivir y de amar en ella.

Yo te hablaré de Valencia, que linda, risueña, coqueta como una adolescente, tiene el privilegio de atraer y enamorar á cuantos se aproximan á ella.

Como el pájaro herido de un dolor mortal fui yo bajo sus muros, y los dejé curadas de mis dolencias, pero con el alma triste, si bien rebotando de gratitud.

Asemejábame yo hacia mucho tiempo á una pobre planta á la cual faltan el sol, las brisas y el rocío.

La vida de Madrid no deja espacio ninguno para el reposo material á aquellos que cumplen la sentencia que el Señor lanzó á nuestros primeros padres.

Viviréis vosotros y vuestros hijos con el pan del trabajo.

Así como las grandes pasiones apenas permiten pensamiento ninguno individual, el trabajo aquí no consiente ni una hora de calma.

Madrid es un hervidero de grandes pasiones, mas ó menos nobles; aquí todo es apasionado, hasta el culto del trabajo y el sacerdocio del talento; ó trae consigo su ambiente fino, limpio, penetrante, y su cielo azul brillantado y casi siempre despejado de nubes.

Tanta actividad en el sentimiento, y tan laborioso modo de existir, no es lo mas saludable para los pobres organismos como el mio, porque aquí está el cuerpo siempre dispuesto al trabajo, y el alma pocas veces dispuesta al recreo y al placer.

Por eso Madrid devora á tantos jóvenes, orgullo y esperanza de sus padres; á tantas doncellas que sonrien como en la primavera los capullos de las rosas.

La agitación de emociones precoces, y de precoces y exaltados sentimientos, los mata.

Mueren como las flores mas delicadas, sin que hayan visto lucir entera la primera mañana de su vida.

Yo he participado algunas veces estas observaciones á personas sensatas é ilustradas,

y me ha llenado de admiración la estraña y casi inocente contestación que he obtenido.

—¿Qué será, pues, en París y en Londres? me han dicho.

¡París!

¡Londres!

¿Acaso los franceses é ingleses tienen algo de comun con nosotros?

El mejor médico de los franceses, es su carácter superficial, vano, casi incapaz de recibir sensaciones fuertes.

En Francia, el *vivir* es una profesion ó un hábito.

La civilización invade con su aliento de fuego todos los corazones, y deja en ellos una larga huella; del mismo modo que la locomotora deja en pos de sí su larga cabellera cenicienta, que empaña el puro azul de los cielos. La civilización, llevada á los sentimientos del alma, los empaña y los encubre con un vapor que les roba su espontánea lealtad.

La Inglaterra tiene aun mas ventajas en su abono para conservar las vidas y la felicidad de sus jóvenes hijos.

Es mas comercial que ninguna nacion cristiana.

Las nieblas que envia el Támesis roban todo su resplandor al cielo, y ciegan las fuentes del sentimiento.

En Londres hay muchos tísicos, pero son de otra clase que los de España.

Son asfixiados por el humo del gas y del carbon de piedra.

En París los hay tambien: mas tampoco se parecen á tantos de nuestros pobres hermanos, como mueren víctimas de su trabajo mental, ó devorados por su propia imaginación.

Valencia guarda durante el estío á muchos jóvenes enfermos del alma.

Su atmósfera, algo pesada, convida al sueño, y en sus playas se encuentra el reposo y la distracción.

La suntuosidad de los templos llena el ánimo de calma y de una religiosa ternura, y esto basta para alejar el dolor y el abatimiento moral.

Por todas partes hay flores que recrean la vista: en los huertos, en las calles, en los aposentos, en los balcones, y hasta en las mas humildes ventanas.

Valencia es un inmenso jardín, cargado de flores y de frutas.

La ciudad es grande, y tiene anchas calles, hermosos paseos y buenos edificios.

No puede imaginarse un paisaje mas hermoso que el que descubre la vista desde el Miguelete, altísima torre, cuya cumbre parece tocar á los cielos, y cuya arquitectura es un modelo de atrevida belleza artística.

Desde su cúspide, Valencia se presenta á los ojos como una bella sultana dormida entre jardines, y arrullada por el mar.

¡El mar! á esta palabra, mil memorias dulces acuden á mi mente, como acude una bandada de jóvenes palomas á posarse sobre el primer árbol florido de la campiña.

Sobre tantos imborrables recuerdos como guardo de Valencia, está mi recuerdo del mar.

Yo miro á Valencia como á la maga bienhechora que curó la melancolía de mi alma, porque ella fue la que me enseñó el mar por la vez primera.

Era una tarde de Mayo, nublada y fria; mas á pesar de esto, el mar estaba tranquilo y apacible.

Nada he visto mas grandiosamente bello, ni de mas sencilla sublimidad.

Sentada en su orilla, ni sentia pasar las horas, ni tampoco el cansancio de mi inmensa admiración.

Parecióme la imagen mas fiel de la grandeza de Dios.

Es insondable, magnífico, imponente como el magnánimo y supremo Ser que le ha creado.

Ya lo has leído, amiga mia, en mi poesia *Al Mar*.

Al verle, no sentí pavor ni asombro: me pareció que hallaba un amigo, cuya imagen hacia ya mucho tiempo que llevaba yo grabada dentro del alma; por eso quizá brotaron de mis labios estos versos, que pronuncié casi sin saberlo.

«En tu voz colosal el alma mia,
los ecos oye, de su propio canto.»

Á la orilla del mar hay dos lindos pueblos, tan pintorescos como deben ser las aldeas de los Abruzos: son el Cabañal y el Cañamelar, y los dos se llenan cada año de elegantes bañistas, que vienen á buscar en aquellas azuladas hondas la salud.

¡Qué deliciosa vida se hace durante un mes en aquellas playas!

De dia leer, escribir, bordar, ó reposar á la sombra de los árboles del jardín que cada casita tiene.

De noche, á la luz de la luna, pasearse conversando, cantar, reír y bailar.

Y todo esto entre los murmullos del mar y los acordes de las músicas.

Reina la franqueza mas encantadora, y cada uno ríe y grita cuanto puede.

No sabria acabar esta carta, aunque ya es larga, sin hablarte de los huertos de Valencia.

Cada uno es un palacio de verdor y de flores poblado, con pabellones y gabinete.

¡Qué vegetación tan hermosa, tan exuberante de vida y de perfumes reina en ellos!

¡Qué variedad y qué abundancia de flores! Desde la magnolia y el palmito enano, hasta la silvestre margarita, todo florece en aquel delicioso clima!

La generosidad germina en los corazones como hija de la abundancia del suelo y de la hermosura del pais.

Por una módica cantidad, me servian cada tarde en uno de los gabinetes de yedra y flores una prodigiosa cantidad de rojas fresas, con un cuanto de azúcar blanca, los sabrosos pasteles y el dulce vino del pais.

Y todo esto me lo presentaba una joven morena, alegre, de negros ojos, rosadas mejillas y limpio traje que parecia tenerse por muy dichosa en complacerme.

Ya ves, Antonia mia, que no te hablo de los monumentos de Valencia: solo te he hablado de lo grandioso de su culto, de lo hermoso de sus jardines, de su azulado mar; las obras del arte me fatigan al contemplarlas, y además no sabria definir las, porque las miro con poca atención.

¿Por qué no me cansa nunca el admirar la naturaleza?

Será tal vez porque el arte es obra de los hombres.

Porque Dios solo es el sabio, el grande, el poderoso, y la creación ha sido la obra grandiosa de su divina voluntad.

Adios, amiga mia; un anticuario te describiria magníficamente á Valencia monumental, pero tal vez no le comprenderias como á mí al decirte:

Allí he pensado, he amado, he rezado con llanto de fervor, y he sentido sanar el cuerpo rápidamente, y desaparecer las nieblas del espíritu, que se elevaba á Dios para darle gracias por haber creado tantas bellezas.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

II.

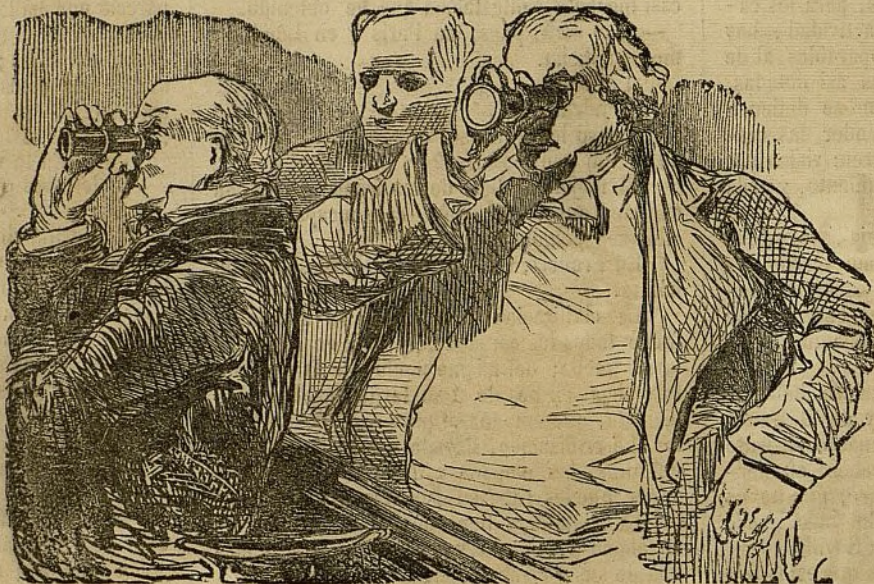
La casa maldita.

La casa, objeto de nuestras mudas contemplaciones, debió ser un edificio de dos

cuerpos, de sencilla y severa apariencia, juzgando por los restos que de ella quedaban; pero en aquella época su estado era tan ruinoso que apenas se conservaba la planta baja, el frontis y los ángulos de la parte de la derecha. El resto se había desplomado y derruido hasta convertirse en un montón de escombros, dando lugar á que desde afuera y á través del ingreso principal, lo mismo que desde las ventanas y de las profundas brechas abiertas en los muros, pudiese notarse el deterioro de toda la parte interior. Los tejados estaban destruidos, las paredes y el maderamen de los techos y las puertas, ennegrecidos y carbonizados; el conjunto, en fin, presentaba un aspecto tan sombrío, tan lúgubre, que desde luego me pareció disculpable la prevención con que, al parecer, la miraban los vecinos de los valles inmediatos. quienes, fundándose, según yo creía, en las tradiciones de alguna antigua conseja; habían aplicado al misterioso edificio la significativa denominación de la casa maldita.

Las huellas de un horrible incendio estaban marcadas en ella con caracteres indelebiles, y esto me hizo recordar las palabras de mi conductor al asegurarme que allí había caído fuego del cielo. Por lo demás, pude observar igualmente que en los puntos en donde el voraz elemento no había hecho brotar sus llamas y sus torrentes de humo, se había cubierto todo de un espeso ropaje de yedra que trepando hasta los bordes mas altos de las paredes medio derruidas, caía otra vez desmayadamente como esos sauces llorones que vemos algunas veces en los cementerios formando triste maridage con alguna solitaria tumba. Finalmente, en uno de los puntos mas elevados del edificio, que habían logrado sustraerse á tan general devastación, veíase un pequeño espacio cubierto, donde algunas cornejas habían hecho su nido. Lo advertí, porque al llegar nosotros cerca de la casa, uno de esos pájaros agoreros cruzó el espacio lanzando lastimeros gáznidos y fue á posarse en las ramas de un árbol. Sin duda no estaba acostumbrado á ver gentes por los alrededores de su triste morada.

Todo, pues, revelaba en la casa que describo que el peso de una catástrofe, mas bien que el de las huellas demoledoras del tiempo, había contribuido á su abandono y destrucción. Se echaban de ver en aquellas ruinas, un sello y una mezcla tan notables de magestad y de



—D. Grisanto, ¿ve V. con qué limpieza baila la Maruja?
—¡Pues no lo he de ver, D. Celedonio, si soy todo ojos!
—¡Cosa mas rara...! se le están deshaciendo las carnes de la pierna derecha, D. Crisanto, mire V. como se va el algodón.
—¡Diantre! es cierto: (aparte) Lo siento, porque tendré que comprarle otras pantorrillas.

miseria, de espanto y de tranquilidad, de interés y de fuerza de repulsion, que en vano hubiera querido explicarme por qué causa su mismo silencio me hablaba tan elocuentemente del alma, como advirtiéndome que si aquello no estaba realmente maldito de Dios y de los hombres, cuando menos había sido teatro de algun crimen y tambien de alguna terrible espacion. Parecíame, por decirlo de una vez, un cadáver galvanizado que se hubiese levantado de improviso con el solo objeto de demostrarnos sus profundas y sangrientas heridas.

Yo hice las anteriores observaciones en mucho menos tiempo del que he necesitado para espresarlas. Seguía lloviendo, estábamos empapados hasta el pellejo y era indispensable resguardarnos de la intemperie lo antes posible. Juan Tomás, que así se llamaba mi guía, hizo un esfuerzo para vencer sus repugnancias santiguándose devotamente, y despues de tenerme el estribo y de tomar las riendas del caballo, se introdujo dentro del edificio siguiéndole yo y precediéndonos el perro. Por mi parte había examinado, aunque rápidamente el exterior de la casa maldita, y estaba deseando conocer al viejo por quien Juan Tomás había manifestado las mas señaladas muestras de veneración y de profunda simpatía.

III.

El Ciego de los valles.

Respecto al interior de la casa, tengo muy poco que añadir. Al frente de la especie de zaguán en donde habíamos penetrado, veíase un largo pasadizo, y al final de éste una puerta carcomida y agujereada por cuyos intersticios

penetraba la escasa claridad de aquel día nebuloso. A la derecha se descubría el arranque de una escalera, enteramente obstruido por los escombros y las maderas incendiadas que en el momento de la catástrofe debieron desprenderse de lo alto. Por último, á la izquierda nos encontramos con un vasto departamento, bien conservado aunque en extremo oscuro; porque en una sola ventana que tenía, y que se comunicaba con la parte exterior, hallábase tambien obstruida. En medio de esta pieza, cuyo pavimento estaba enbaldosado, se alzaba como cosa de medio palmo un hogar espacioso sobre el cual había un montón de leña gruesa y á medio encender. Cerca de la chimenea, que era de forma circular, semejándose en un todo á una monstruosa

campana, elevábase un poste donde ardía, puesta en una especie de tubo de hierro, una tea que al arrojar sus resplandores inciertos sobre aquellas tinieblas, prestaba un aspecto fantástico á la gran pieza que voy describiendo. Su mueblage consistía, según pude observar luego, en un viejo escaño con mesa levadiza y varias pequeñas banquetas, en una de las cuales se hallaba sentado un muchacho como de catorce á diez y seis años, el cual ocupábase á la sazón en quitar la tea de su sitio para encender con mas comodidad y prontitud la leña colocada debajo de la chimenea.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

Solucion del geroglífico publicado en el número anterior.

Asno con oro alcánzalo todo.

Los señores suscritores de fuera cuyo trimestre de suscripción terminó en el número anterior, se servirán renovarlo á la mayor brevedad si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

REGALO Á NUESTROS SUSCRITORES.

Todos nuestros suscritores y los que lo sean nuevamente por un trimestre antes del 30 de Abril, recibirán en el mes inmediato un billete con diez números, que les dará opción á la magnífica fotografía que hemos adquirido copia del bajo-relieve del Descendimiento de la Cruz, ejecutado en Roma por D. José Bellver, y premiado en la Exposición de bellas artes de Madrid de 1860.

El agraciado será el que tenga el número igual al del premio mayor de la Rifa de la Beneficencia, que se ha de celebrar en Valencia en el próximo mes de Abril.

El cuadro está espuesto en la plaza de Santa Catalina, camisería del Sr. Ravetllat y Compañía.